

**PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA, ANDRÉS PASTRANA ARANGO, CON
MOTIVO DE LA POSESIÓN DEL DOCTOR FABIO
VALENCIA COSSIO COMO EMBAJADOR DE COLOMBIA
EN ITALIA**

Bogotá. Enero 12 de 2001

Estoy casi seguro de que la primera palabra que pronunció Fabio Valencia Cossio, más o menos hace unos 50 años, comenzaba por 'p'. Aunque quizás ya muchos estén pensando que esa palabra era 'papá', lamento decirles que están equivocados. Don Luis, su padre, sólo la oyó un par de meses después de que el pequeño Fabito mencionara otra, la que sería su vocación ineludible, a la que ha dedicado su vida, esto es, la palabra 'política'.

Casi puedo imaginarme al niño del barrio Aranjuez de Medellín, en el que pronto se convertiría ese precoz bebé, liderando las reivindicaciones de sus compañeros del kínder en pro de la compra de mejores balones de fútbol o conciliando las diferencias entre ellos y la profesora del salón a raíz de un conflicto alrededor del delicado asunto del aprendizaje de las vocales. Desde ese entonces, y a pesar de no ser el más grande de la clase, Fabio tenía el liderazgo que aún posee.

Y no hizo falta mucho tiempo luego para que lo demostrara a mayor escala. A los 22 años, cuando ya era un experimentado miembro del Directorio Conservador de la tierra de la arepa y el espíritu empresarial, colaboró con la campaña presidencial de mi padre en su región y, poco tiempo después, mientras concluía sus estudios de derecho en la Universidad de Antioquia, ya era elegido como Secretario General del Partido Conservador en su departamento. De ahí en adelante, para decirlo en términos de astrónomo, su ascenso fue meteórico.

Al cabo de unos años, al mismo tiempo que se desempeñaba como abogado en el sector financiero, fue Secretario General del Directorio Nacional Conservador Colombiano. Luego vino su incansable trabajo, durante 17 años, en el Congreso de la República donde, primero como Representante a la Cámara y, después, como Senador, ocupó sus más importantes cargos, hasta llegar a convertirse en el presidente de la corporación.

Sin embargo, no paró allí. Apelando a su experiencia en la comisión verificadora de paz durante el gobierno del presidente Belisario Betancur, se sumó, desde un principio y renunciando a su curul en el senado, a las gestiones de paz de mi administración. Como vocero y negociador de mi

gobierno, Fabio entregó lo mejor de sus habilidades a esta difícil tarea. Ahora, después de más de treinta años en la vida pública, seguirá su labor en el campo diplomático. El niño que arengaba en las calles del populoso barrio Aranjuez, ahora gestionará los intereses de su país desde la vía Giuseppe Pisanelli.

Fabio es un político. Un político en el más alto sentido del término -a veces olvidado bajo el peso de los malos hábitos y los escándalos-, esto es, alguien cuya principal preocupación es la vida pública. A diferencia de quienes se dedican exclusivamente a su vida privada, a sus negocios y asuntos domésticos, teniendo únicamente en la mira su bienestar y el de los suyos, el político es quien vela, por encima a veces de su propio interés particular, por el bien común. Esta es la estirpe de Fabio.

Hace poco Fernando Savater recordaba en una columna suya una paradoja observada por la escritora norteamericana Hanna Arendt, según la cual los más reputados pensadores políticos occidentales la mayor de las veces no teorizan sobre cómo hacer mejor política, sino sobre cómo acabar de una vez con la política. En el caso de Fabio, por fortuna, sabemos que

es posible todavía rescatar el sentido político del ser humano, como una virtud, antes que buscar su prematura extinción.

Ya sea en su aguda tarea de fiscalización de la administración pública, donde se ganó no pocos enemigos; en su trabajo como ponente o defensor de proyectos de ley relativos a temas tan importantes como la seguridad social, la política salarial, el código penal militar, la extradición, la extinción de dominio, el orden público, la modernización de la Policía Nacional o la defensa del menor maltratado; en sus libros sobre temas de política nacional o internacional; o, más recientemente, en su actividad como negociador del Gobierno Nacional en el proceso de paz con las Farc, la cual le valió el secuestro de uno de sus hermanos por parte de los grupos paramilitares, Fabio ha probado con creces que, para él, la vida no se puede concebir sin pensar en el desarrollo de su sociedad.

Ahora cambiará de escenario pero no de perspectiva. Desde la embajada de Colombia en Italia, no me cabe duda, Fabio seguirá preocupado por solucionar los problemas nacionales y, como es su costumbre, hará gala todo su liderazgo, toda su visión y toda su inteligencia, en beneficio del país. Además,

seguirá persiguiendo, como todos nosotros, el logro de otra hermosa palabra que comienza con “p” y a la cual ha destinado el esfuerzo y las vigilias de los últimos meses: la Paz.

Acompañado de María Isabel y de sus hijos, aunque quizás con la sentida ausencia de una edición temprana de “El Colombiano” y de una buena arepa paisa, pronto veremos cómo, en Italia, se suman nuevos éxitos a su ya brillante carrera.

Arrivederci, mi estimado embajador